



BIBLIOC LIPS

¡EL TERROR!
¡EL TERROR!

RODRIGO FRESÁN UNO En algún momento del 2002, el escritor norteamericano John Updike entregó al editor de ficción del medio donde publica lo suyo desde hace décadas —el semanario *The New Yorker*— un formidable relato titulado “Varieties of Religious Experience”. El cuento en cuestión estaba dividido en cuatro bloques narrativos: el primero lo ocupa un maduro abogado de Cincinnati de visita en New York el día en que los aviones se estrellan contra las torres; el segundo transcurre en un strip-club de Florida al que acude el terrorista e inminente mártir por Allah, Muhammad Atta, para sumergirse en la inmoralidad y corrupción de Occidente y así, asqueado, acceder a la inspiración divina; el tercero transcurre en uno de los rascacielos del World Trade Center donde un financista que ha quedado atrapado se dispone a saltar por una de las ventanas; y el cuarto segmento cuenta lo que sucede dentro del vuelo 93 de la United Airlines. El texto era magistral pero a la gente de *The New Yorker* les pareció un tanto arriesgado; decidieron pasar, y Updike no demoró en colocarlo en las páginas de *The Atlantic* y, seguro, no dejará de incluirlo en su próxima y afortunadamente inevitable colección de piezas breves.

Casi tres años después, *The New Yorker* no ha tenido problema alguno en incluir —en su *Travel Issue* del pasado abril— “The Last Days of Muhammad Atta”, *fiction non-fiction* de Martin Amis. Los tiempos están cambiando y John Updike, quien llegó allí antes, publica ahora *Terrorist*, su libro más comentado en mucho tiempo.

Terrorist es una inequívoca novela marca Updike donde tres personajes principales se relacionan, se cruzan, se juntan y se separan como en un minué peligroso donde lo que rige las reverencias y giros es la pasión primera y original, siempre escrita con el inglés más exquisito y nutritivo después del de Vladimir Nabokov. Y estos personajes, habitantes de New Prospect, New Jersey, son el adolescente y aprendiz de terrorista Ahmad Ashmawy Mulloy (hijo de egipcio e irlandesa, orgulloso poseedor de un credo entre robótico y zombie), su madre la pintora-enfermera Teresa Mulloy, y el judío y sexagenario Jack Levy (consejero estudiantil del primero y súbito amante de la segunda). Y es la tensión constante entre estos tres vértices de un triángulo ideológico —donde la fe o la falta de fe son dos caras de una misma moneda— lo que marca a *Terrorist* como más que un eficaz *thriller* doméstico e intimista. Hay que destacar el valor de Updike —lo que ya le ha costado críticas indignadas y el desprecio de sus lectores en *forums* como el de Amazon.com donde las acusaciones van desde el “oportunist” hasta el “traidor”— de escribir desde el punto de vista del victimario en potencia y no de la víctima impotente. Hay que destacar también el manejo de maestro que hace Updike para racionar e intensificar el *suspense*. Un tono y un ritmo que en ningún momento le obliga a sacrificar sus características

y exquisitas descripciones o sus inteligentes y originales reflexiones acerca de casi todo y que, aún así, provocan que las páginas de *Terrorist* se pasen veloces para llegar al final y averiguar si Ahmad ha abrazado su destino de héroe islámico a bordo de un camión cargado de explosivos. O sí —en cambio y mal que le pese como ciudadano de ese país amplio y generoso y carnal conocido como Updikeland— sólo el sexo podrá salvarlo a él o a los que se crucen en la trayectoria de su *jihād* privada. Porque es bien sabido que en Updikelandia, las huries de ojos oscuros —nunca del todo vírgenes, eso sí— están en la tierra y no en el cielo.

Disfrute ahora, pague después.

DOS Y pasados cinco años del asunto era inevitable que alguien hubiese escrito —entre otras— la novela matrimonial-fitzgeraldiana sobre el 11-S (*The Good Life* de Jay McInerney), que alguno hubiese reclamado para sí la novela epifánica-salingeriana sobre el 11-S (*Tan fuerte, tan cerca* de Jonathan Safran Foer), o que otro se haya lanzado a la novela viajera-neoconradiana yendo a dar al 11-S (*The Third Brother* de Nick McDonell). Pero lo que de verdad intrigaba era si alguna vez —¿cuánto tiempo tiene que transcurrir y cuál es la fecha en la que se permite reírse

de algo por lo que todos lloraron y siguen llorando?— aparecería el escritor norteamericano que se atreviera a firmar la novela de humor negro del 11-S.

La espera ha terminado y aquí vienen Ken Kalfus y posiblemente uno de los libros más incorrectamente políticos de los últimos tiempos: *A Disorder Peculiar to the Country*. ¿Y cómo surgió la idea? Fácil. Kalfus lo explicó así en una entrevista: “Apenas transcurridos los ataques terroristas yo sentí que estábamos deshumanizando a las víctimas, a los muertos, convirtiéndolos uniformemente en héroes y mártires. Yo me dije que, teniendo en cuenta lo que sabemos sobre los actuales índices de divorcios y la amargura que acompaña a semejantes procesos, era un poco cínico y absurdo no pensar que, si murieron tres mil personas en las torres, por lo menos habría tres o cuatro maridos o esposas felices de que alguien no haya vuelto a casa ese día”.

Conozcan entonces a Joyce y Marshall Harriman. Se odian. Se odian mucho. Y se están divorciando. Pero sus abogados los obligan a continuar compartiendo el mismo departamento hasta que se dirima la cuestión. Y el 11 de septiembre del 2001, Marshall se va a su oficina en el World Trade Center y Joyce tiene que tomar un avión que acabará estrellándose en las afueras de Pennsylvania.

Pero Marshall se salva y Joyce pierde su vuelo y, por unas horas, uno y otra son tan pero tan felices pensando en que el otro yace destrozado en un amasijo de acero. El primer y magistral y negrísimo capítulo de *A Disorder...*

trata sobre esta “felicidad”. El resto del libro —cuya trama se extiende hasta junio del 2002 y la “liberación” de Irak— trata del odio de los sobrevivientes y de todo un país enloqueciendo. Sin anestesia ni pruritos porque —explica Kalfus— “los artistas tienen licencia absoluta para encontrarle, como sea, cierto sentido a las peores cosas que le suceden a la gente”. De ahí que —cada vez más parecidos a los Itchy & Scratchy de *Los Simpson*— Joyce fantasee con acostarse con un bombero de la Zona Cero para recibir la dosis de “Terror Sex” del que ya disfrutaban varias de sus amigas de la oficina; y Marshall, mientras se indigna porque no apareció en ninguna de las fotos tomadas en las flamantes ruinas, se convierte en una especie de talibán doméstico planeando pequeños atentados como el sabotaje de la boda de la hermana de su esposa y armando bombas que no funcionan con la ayuda de un *site* en internet en árabe. Mientras tantos sus hijitos, Vic y Viola, se convierten en víctimas inocentes y juegan al World Trade Center arrojándose desde el porche de la casa de la abuela. Y todo el asunto puede sonar a una versión politizada de *La guerra de los Roses*. Pero no. Lo que prima y se agradece aquí es el retorno del espíritu y la carcajada agria de escritores como Joseph Heller, Thomas Berger y Bruce Jay Friedman. La línea dura, durísima, del humor judío. Por supuesto —darse una vuelta por internet— a muchos norteamericanos de esos que sólo miran el Fox Channel, esta novela les parece fuera de lugar y de mal gusto. Que no se quejen: alguien ya está escribiendo —inverosímil y con lenguaje torpe— la novela patrioterica-tomclancyana sobre el 11-S que más les gusta a ellos.

Su autor se llama George W. Bush.

